

me abre los espacios infinitos, y extiende en torno mil fecundos ramos que mecen en éxtasis mi espíritu embriagado. Sí; el mundo de la fantasía es la verdadera patria del amor, que se complace en habitar con las hadas y entre talismanes, y cree en los dioses, porque se siente de naturaleza divina. Pasaron los de la antigua fábula y se desvaneció tras ellos su hechizo, mas cuando habla el corazón reaparecen evocados sus nombres, y si un tiempo se asociaron con amor á la vida humana, hoy colocados en la región de los astros, se comunican con los que aman: aún Júpiter nos transmite su poder, y Venus su belleza.

TECLA.—Si en esto consiste la astrología, me convierto de buen grado á tan risueña religión. ¡Qué grato es pensar que en la altura, allá en la esfera infinita, las fúlgidas estrellas tejieron las guirnaldas de nuestro amor en el mismo punto en que nacimos!

LA CONDESA.—Pero esas guirnaldas celestes no son todas de rosas; también se esconden entre ellas algunas espinas. Dichoso aquel que no se lastima con ellas. Los lazos que anuda Venus, el astro de la ventura, rómpelos á veces con violencia Marte, el planeta fatal de la desgracia.

MAX.—Pronto va á terminar su reinado siniestro. ¡Bendito sea el noble celo del príncipe, que entrelazará el laurel con el olivo, y devolverá la paz al mundo! ¡Qué puede desear ya su gran corazón! Harto hizo por su gloria, y puede vivir para él con los suyos. Se retirará á sus dominios, en su hermosa residencia de Gitschin, ó en Reichemberg y el castillo de Friedland que tiene hermosas vistas, y cuyos parques y montes de caza se extienden hasta el Riesemberge. Allí puede vivir en libertad rodeado de esplendor y ocupado en grandes empresas; proteger con real largueza las artes, y cuanto es digno de un señor poderoso; edificar, cultivar los campos, observar los astros, y si

con eso no le basta para saciar su actividad incesante, luchar con los elementos, desviar los ríos, volar las peñas y abrir al comercio nuevas y cómodas vías... En las largas veladas del invierno contaremos nuestras campañas y...

LA CONDESA.—No obstante, os aconsejo, caro primo, que no depongáis tan pronto las armas. Una esposa como Tecla merece ser conquistada con la punta del acero.

MAX.—¡Ojalá pudiese hacerlo así!

LA CONDESA.—¿Qué pasa?... ¿No oís?... Me parece que oigo rumores y disputas en la sala del banquete...

(*Se va.*)

ESCENA V

TECLA y MAX

TECLA (*en cuanto se va la condesa, se acerca á Piccolomini y le dice en voz baja:*)—No te fies de ellos... Son muy falsos.

MAX.—Podrían...

TECLA.—No te fies de nadie sino de mí. Desde luego he advertido que llevan algún fin.

MAX.—¿Cuál?... ¿Qué ganarían dándonos esperanzas?

TECLA.—No sé, pero créeme; no se proponen seriamente casarnos y hacernos dichosos.

MAX.—Pero ¿por qué valernos de la condesa Terzky? ¿No tenemos á tu madre?... Es buena, y merece que tengamos en ella plena confianza.

TECLA.—Te ama, y te estima más que á nadie, pero le faltaría valor para callar nuestro secreto á mi padre. En bien de su tranquilidad debemos ocultárselo.

MAX.—¿Y por qué siempre este misterio? ¿Sabes

qué quiero hacer? Arrojarne á los piés de tu padre, y que decida él de mi dicha. Es sincero, sin disimulo, y abomina las tortuosidades: ¡es tan bueno, tan noble!

TECLA.—¡Tú eres el bueno y el noble!

MAX.—Tú le conoces de ayer, pero yo he vivido junto á él diez años. No sería esta la primera vez que hiciera algo sorprendente é inesperado. En su caracter está sorprender siempre como si fuera un dios, y causar en torno suyo el asombro y la admiración. ¡Quién sabe si ahora mismo aguarda nuestra declaración para unirnos! ¿Callas?... ¿Me miras como dudando...? ¿Qué tienes contra tu padre?

TECLA.—¿Yo?... nada... Pero le creo demasiado absorto en sus ocupaciones para que tenga tiempo de soñar con nuestra dicha. (*Le coge la mano con ternura.*) Obedéceme... No esperemos mucho de los demás,... mostrémonos agradecidos á Terzky y á su mujer por los favores que nos dispensen, pero no confiemos en ellos más de lo que merezcan, y abandonémonos á nuestro corazón.

MAX.—¿Pero no hemos de ser felices nunca?

TECLA.—¿No lo somos ya? ¿No soy tuya por ventura? ¿no eres tú mío? El amor me infunde valor... Quizás debiera ser menos franca contigo y guardar para mí el secreto, según impone el uso; pero ¿dónde hallarías la verdad, si no la oyeras de mis labios? Puesto que nos hemos encontrado, mantengámonos estrecha y eternamente unidos. ¡Créeme! es más de lo que quisieran hacer por nosotros. Ocultemos nuestra dicha en el fondo del alma, como hurto sagrado. Al cielo la debemos y sólo al cielo hemos de agradecerla... Tal vez obre por nosotros un milagro.



TECLA.—¿No soy tuya, por ventura?

ESCENA VI

Dichos, LA CONDESA TERZKY

LA CONDESA (*precipitadamente*).—Mi marido me envía... Llegó el momento... Es necesario que vayáis al banquete. (*Viendo que no la atienden, rompe por medio de ellos.*) Separaos...

TECLA.—¡ Ah, todavía no!... Si apenas hace un instante que está aquí...

LA CONDESA.—Para vosotros el tiempo vuela, sobrina.

MAX.—No hay prisa, tía.

LA CONDESA.—Salid, salid... Os echan de menos... Vuestro padre ha preguntado ya dos veces dónde estabais.

TECLA.—¡ Su padre! ¿ De veras?

LA CONDESA.—Ya puedes figurarte... princesa...

TECLA.—Pero ¿ ha de estar siempre entre ellos, por ventura? Aquel no es su puesto. Serán muy expertos y venerables, pero él es demasiado joven para estar en su compañía.

LA CONDESA.—Preferirías que no se moviera de aquí, ¿ verdad?

TECLA (*con viveza*).—Habéis acertado; este era mi intento. Sí; dejadle en paz... Decid á los generales...

LA CONDESA.—¿ Pero has perdido la cabeza, sobrina?... Conde, ya sabéis nuestras condiciones.

MAX.—Me es fuerza obedecer, señorita; adiós... (*Tecla le vuelve la espalda vivamente.*) ¿ Qué decís?

TECLA (*sin mirarle*).—Nada; salid.

MAX.—¡ Y puedo, por ventura, dejándoos enojada! (*Se acerca á ella; se miran; ella calla un instante y luego se echa en sus brazos y le estrecha contra su corazón.*)

LA CONDESA.—¡ Salid!... ¡ Si alguien viniera! Oigo ruido; suenan algunas voces desconocidas...

(*Max se arranca de los brazos de Tecla. La Condesa le acompaña. Tecla le sigue primero con la mirada, luego se pasea con agitación por la sala, hasta que se detiene absorta en sus pensamientos. Toma un laúd, que habrá sobre una mesa, y después de un triste preludio, canta.*)

ESCENA VII

TECLA, tañe y canta

«Ruge el viento en el bosque; las nubes se amontonan en el cielo; la ola agitada se estrella en las rocas. »La doncella se adelanta por la orilla, y con los ojos »llenos de lágrimas canta en medio de la noche sombría: muerto está mi corazón, vacío para mí el mundo; ningún deseo me inspira. ¡Oh santa madre! »Acuérdate de tu hija. Probé la dicha de la tierra; »viví, amé.»

ESCENA VIII

LA CONDESA, TECLA

LA CONDESA.—¡ Cómo es eso, sobrina! Veo que te adelantas á él... Creí que usarías de más recato.

TECLA (*levantándose*).—¿ Qué queréis decir, tía?

LA CONDESA.—Que no debieras olvidar quién eres, ni quién es... Me parece que no lo has meditado bastante.

TECLA.—¿ Pues qué?

LA CONDESA.—Que eres la hija del príncipe de Friedland.

TECLA.—¿ Y qué tenemos con esto?

LA CONDESA.—¡ Cómo!... Vaya una salida.

TECLA.—La suerte le dió á él lo que nosotros hemos tenido que adquirir. Es de antiguo linaje lombardo, hijo de una princesa.

LA CONDESA.—Pero ¿ estás soñando?... ¡ De antiguo linaje!... ¡ Á qué salimos con que habremos de rogarle humildemente se digne conceder su mano á la más rica heredera de Europa!

TECLA.—No será necesario.

LA CONDESA.—Es verdad; no nos expondremos á tanto.

TECLA.—Su padre le ama; el conde Octavio nada opondrá.

LA CONDESA.—¡ Su padre!... ¡ su padre!... ¿ y el tuyo?

TECLA.—Creí que temíais al suyo, en vista de vuestra conducta misteriosa con el hijo.

LA CONDESA (*contemplándola con mirada inquisitiva*).—Sobrina, tú no eres franca.

TECLA.—¡ Ah tía mía!... lo tomáis á mal, tía; sed buena.

LA CONDESA.—Os figuráis haber ganado la partida, pero no os alegréis tan pronto.

TECLA.—Sed buena, tía...

LA CONDESA.—No están las cosas tan adelantadas.

TECLA.—Lo creo.

LA CONDESA.—¿ Te figuras acaso que ha consagrado á la guerra su existencia, que ha renunciado á toda tranquilidad, que apartó el sueño de la cabecera de su cama, siempre inquieto, siempre agitado, únicamente para hacer la felicidad de una pareja amorosa? ¿ Crees tú que te sacó del convento para llevarte en triunfo á los brazos del hombre que te place? Bien podía echar por camino más corto. No. No ha trabajado toda su vida por que tu mano infantil deshoje en flor la planta

que ha cultivado, y la convierta en vano adorno.

TECLA.—Pero bien puedo recoger el fruto de lo que no sembraron para mí,... y si mi suerte quiere que esa existencia terrible y prodigiosa engendrara mi dicha...

LA CONDESA.—Hablas como niña enamorada. Mira en torno tuyo, y observa donde estás. No viniste á la casa de la alegría, ni están decorados estos muros para una fiesta de bodas, ni los convidados se ciñen de flores. Aquí no relumbra otro fulgor que el de las armas. ¿Crees, por ventura, que se ha congregado á esos millares de hombres para formar tu séquito?... ¿No ves pensativo á tu padre y á tu madre llorosa? Es que el destino de nuestra casa está en la balanza... Deja, pues, esos pueriles sentimientos de niña, y tus mezquinos deseos, y muestra que eres hija de un grande hombre... La mujer no se pertenece á sí misma sino que su suerte va atada á la agena y vale tanto más cuanto mejor sabe elegir el objeto de su adhesión y su cariño.

TECLA.—Lo mismo me decían en el convento; así es que ni concebí ningún deseo, ni he visto en mí sino la hija del hombre poderoso cuya fama resonando hasta mis oídos me hacía pensar que estaba destinada á padecer por él, y á sacrificarme por él.

LA CONDESA.—Pues tal es tu suerte. Acéptala de buen grado. Tu madre y yo te damos el ejemplo.

TECLA.—El destino me mostró después á quien ha de ser objeto de mi sacrificio, y quiero seguirle con alma y vida.

LA CONDESA.—No la suerte, sino tu corazón fué quien te lo mostró.

TECLA.—La voz del corazón es la voz del destino. Suya soy; por él vivo, de él he recibido mi nueva existencia, y tiene derechos sobre su criatura. ¿Qué era yo antes que su amor vivificara mi alma? No puedo

estimarme en menos de lo que él me estima, ni puede ser un alma vulgar quien posee ese dón inapreciable. No; con la dicha, he sentido apoderarse de mí la firmeza. La vida aparece grave á las almas graves. Ahora sé que me pertenezco, y conozco la firme é incontrastable voluntad que poseo y que he de consagrar toda entera á mi supremo fin.

LA CONDESA.—¿Y te opondrías á la de tu padre, si dispusiera otra cosa de ti? ¿Piensas disuadirle? ¿No sabes, niña, que se llama Friedland?

TECLA.—Y yo también. Hallará en mí una hija digna de su padre.

LA CONDESA.—No logra doblegarle su soberano el Emperador, y quieres luchar con él!

TECLA.—Una hija puede atreverse á lo que no osa nadie.

LA CONDESA.—Bien ajeno está él de lo que le aguarda. ¡Después de haber arrollado tantos obstáculos tropezar en la voluntad de su propia hija! ¡Ay niña, niña! Tú sólo conoces su sonrisa; no has visto aún fulgurar la cólera en su mirada. ¡Cómo tu voz temblorosa se atreverá á contradecirle en su presencia! Mientras estás sola, puedes á placer formar grandes proyectos, y preparar floridos discursos y armar tu corazón de paloma con el valor de un león, pero prueba tan sólo de acercarte á él, y cuando se fije su mirada en la tuya, dí, si puedes: No. A su presencia se mustiará tu fuerza como el delicado pétalo de una flor bajo los abrasadores rayos del sol. Pero no quiero asustarte, hija mía... Espero que no se llegará á este caso... Ignoro, además, qué pretende... Quizás se acuerdan sus deseos con los tuyos; pero aun así, nunca querrá que tú, la altiva heredera de su gloria, te portes como una loca, y te arrojes en brazos de un hombre que, antes de recibir tan alta recompensa, debe hacerse digno de ella á fuerza de muy grandes sacrificios. (Se va).

ESCENA IX

TECLA sola

¡Mil gracias por el aviso, que trueca en certidumbre mi siniestro presentimiento. ¡Con que era verdad!... No tenemos aquí un amigo, ni un corazón leal, y sólo podemos contar con nosotros mismos. ¡Cruelles combates nos aguardan!... ¡Oh amor, divino amor! danos fuerzas... Sí; me ha dicho la verdad... Malos auspicios presidieron á nuestra unión. Aquí no habita la esperanza, ni suena otro ruido que el de la guerra; hasta el amor se presenta cubierto de su escudo, y como armado para un duelo á muerte. Un espíritu funesto se cierne sobre nuestra raza, y parece pronto á aniquilarnos. Vino á sacarme de mi pacífico retiro, á embelesar mi alma con celestiales imágenes que flotan en torno mío, cada vez más cercanas, para arrojarme luégo al abismo con fuerza sobrenatural é irresistible. *(Suena á lo lejos la música del festín.)* ¡Oh! Cuando una casa debe perecer por el fuego, cúbrese el cielo de nubes, se precipita el rayo, vomitan llamas los abismos y los mismos dioses de la alegría, ciegos de furor, atizan el incendio!

(Vase).

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

Sala magníficamente iluminada. En el centro hacia el fondo, una mesa ricamente puesta y sentados á ella ocho generales, entre los cuales figuran OCTAVIO PICCOLOMINI, MARADAS y TERZKY. Á derecha é izquierda, en segundo término, otras dos mesas con seis convidados en cada una. En primer término el aparador; la parte anterior de la escena quedará despejada para los pajes y criados de servicio. Gran animación. Los músicos del regimiento de Terzky dan la vuelta al rededor de las mesas. Mientras se retiran, sale MAX PICCOLOMINI; Terzky, con un papel, é ISOLANI con una copa en la mano, se le acercan.

TERZKY, ISOLANI, MAX

ISOLANI (á Max)



¡Oh amigo mío! ¿Dónde os habíais metido?... Vamos... vamos á la mesa. Terzky nos regala con su mejor vino... Se bebe aquí como en el castillo de Heidelberg... Habéis perdido ya lo mejor. En aquella mesa se reparten las coronas de los principados de Eggenberg, Slawata y Lichtenstein; ya están adjudicados los dominios de Sternberg